

Un siglo corto de filosofía

Los años del siglo XX delimitan un período más amplio que el de la existencia de la filosofía en Chile. También son muy disímiles en su agrupación en décadas, con algunas propicias para el cultivo de ella según un perfil teórico propio distinguible de otras disciplinas o saberes, y otras muy adversas. El gran factor común que diferencia y especifica su existencia en ese tiempo es uno que, sin embargo, no la considera a ella como su preocupación exclusiva ni principal: la Universidad o, más bien, las universidades. Pero a través de este factor, la filosofía no pudo menos que inscribirse en y quedar marcada por las necesidades e intereses de esa(s) institución(es), aunque a la vez y a través suyo también por los de la sociedad a que ellas responden, o por los particulares encuentros y desencuentros de distinto tipo habidos entre la(s) universidad(es) y la sociedad durante el siglo.

La referencia más amplia de la presencia de la filosofía en las universidades a comienzos del 1900, está dada por el modo en que éstas asumen su contribución a la configuración y despliegue de lo que pueda ser la cultura, las artes y las ciencias del país, así como a la formación de quienes optan por las tradicionales profesiones liberales. La filosofía es considerada allí más bien como un complemento necesario, aunque marginal. Hacia la última década del siglo anterior se inicia alguna preocupación formal por la filosofía, si bien en estrecha dependencia con la pedagogía, en los planes de formación de los profesores de enseñanza media, en la cátedra de «Pedagogía y Filosofía» de la Universidad de Chile, más específicamente del Instituto Pedagógico. Lo difuso de esa presencia de la filosofía allí a través de profesores alemanes especialmente contratados para ese efecto, adquiere en 1919 un primer perfil de especificación mayor, cuando se separa la enseñanza de ambas disciplinas

por parte de profesores distintos.¹ De entre los que se encargan de la enseñanza de la filosofía son claramente destacables dos nombres de profesores que van a tener un rol relevante en el despliegue de la filosofía en décadas posteriores: Enrique Molina y Pedro León Loyola. A poco de iniciada la década de los años 20, éste último se convierte allí en el primer Jefe de un Departamento de Filosofía en el país. Un discípulo suyo, Jorge Millas, de importante obra posterior, dirá de ellos dos: «el proceso de paulatina diversificación y profundización de la voluntad nacional de cultura (que no es necesariamente una voluntad de cultura nacional) encontró en ambos el instrumento para expresarse en la forma de la Filosofía».²

Una manifestación inequívoca de esa voluntad se encuentra en P. L. Loyola cuando funda en abril de 1918 la Universidad Popular J. V. Lastarria que, con el fin de «cultivar y ennoblecer el alma del pueblo»³, ofrece gratuitamente durante ocho años una conferencia cada noche sobre temas específicos de todas las ciencias naturales, sociales y la filosofía, por parte de connotados intelectuales de esa época. Es también P. L. Loyola quien logra la creación, en abril de 1935 en el Instituto Pedagógico, del primer Curso Especial para la Formación de Profesores de Filosofía, colocando así el marco profesional en el que se desenvolverá de manera casi exclusiva el trabajo filosófico, ya sea en su nivel universitario, académico, o bien en la educación media. Junto a un grupo de jóvenes que sucesivamente allí se forman, y otros igualmente interesados en la disciplina, él es uno de los principales impulsores de la creación de la Sociedad Chilena de Filosofía, el 29 de julio de 1948, cuyo primer presidente será Enrique Molina, y a quién sucederá en ese cargo al cabo de dos años.

202

Ella es también la que propone y logra la creación de la Revista de Filosofía, con el patrocinio de la Universidad de Chile y de su Departamento de Filosofía del Instituto Pedagógico, que poco después se hace cargo por entero de su publicación.

¹ Pedro León Loyola, *Hechos e ideas de un profesor*. Universidad de Chile, 1966, p. 19.

² *Anuario de Filosofía Jurídica y Social, Estudios en memoria de Jorge Millas*. (AFJS). N° 2, 1984, p. 31.

³ P. L. Loyola, p. 41.

Su primer número es publicado en agosto de 1949 y hacia el final de su editorial se señala: «No postulamos otro programa que integrar y enriquecer la cultura de nuestro país con los beneficios que entrega el cultivo del pensamiento filosófico».

Una vez concluidos los años del siglo XX, curiosamente, podría considerarse que la creación de la Sociedad Chilena de Filosofía parece marcar un cierto hito temporal que permitiría situar más de algo de lo sucedido con la filosofía en el país durante ese período. Desde allí se puede avistar el creciente desarrollo de la actividad filosófica en la década inmediatamente anterior a esa fecha, así como su sostenido despliegue en las dos décadas siguientes. Durante ese tiempo se alcanza la formación de un importante grupo de nuevos intelectuales con grados más altos de especialización, complementados luego usualmente con estudios de postgrado en otros países. Con ellos se abre y diversifica el proceso de formación de nuevos profesores y licenciados en filosofía, que en la última década del siglo se ampliará a estudios de postgrado en distintas universidades.

La llegada al país de algunos filósofos extranjeros en la década de los años 40 y en la siguiente, por diversas razones ahora de coyunturas políticas internacionales y de opciones personales, significó un aporte importante a ese proceso de formación de filósofos, especialmente en la Universidad de Chile. Ésta acogió en 1943 y hasta su jubilación en 1960 al profesor Bogumil Jasinowsky, entre 1941 y 1947 a José Ferrater Mora, en 1950 a Johann Rüsck, entre 1951 y 1954 a Ernesto Grassi, entre 1956 y 1973 a Gerold Stahl, entre 1958 y 1982 a Francisco Soler, quien previamente había colaborado también en otras universidades del país. De distinta manera, estos profesores dejaron su impronta en la formación de posteriores generaciones de filósofos, y ellos y éstos contribuyeron con sus nombres a llenar mediante sus personales estilos y opciones teóricas lo que pudiera verse, desde una cierta perspectiva, como un simple nombre institucional genérico, vacío: el de la Universidad.

La amplia erudición y fina reflexión de B. Jasinowsky se extendía sobre todo el gran espectro de la historia de la filosofía y las ciencias. La originalidad de su pen-

samiento se expresaba en la agudeza con que procuraba repensar algunos de los elementos teóricos esenciales de esas historias y su articulación profunda a través de una comprensión dialéctica que, apoyándose en una mirada de larga duración de la historia, mostraba la peculiar integración de esos elementos y decantación de aquellas formas del saber que, aunque históricamente diferenciadas, manifestaban, ante su interpretación, la unicidad de la condición creadora de la razón y la ciencia. Los amplios conocimientos de todas las formas del discurso de la filosofía en su historia, recogidos en las numerosas ediciones del *Diccionario de Filosofía* de J. Ferrater Mora, tuvieron un momento de significativa corrección y ampliación de la primera edición durante su estadía en la Universidad de Chile; su aporte académico puede inscribirse en aquel momento de preparación de la segunda edición y parcialmente de la tercera de esa obra. Como acucioso especialista de la tradición humanística occidental, E. Grassi desplegó su enseñanza en torno a los más relevantes nombres de esa tradición renacentista y medieval y en su conexión con sus antecedentes antiguos. Pero también dejó su huella pedagógica a través del énfasis puesto en la necesidad de la lectura y análisis minucioso, riguroso de los textos de los clásicos, como fuente ineludible de lo considerado por él como la vía genuina para acceder al pensar filosófico. Más tarde llegó el momento en que esa enseñanza se convirtió en uno de los puntos de alta fricción polémica a propósito de la tarea y los modos de ejercicio del pensar prevalecientes, por lo pronto, en el ámbito universitario. También generó polémica su cuestionamiento acerca de la posibilidad de poder pensar desde la figura de un «mundo histórico» del hombre americano. G. Stahl, junto con ser un gran conocedor de la lógica clásica, pero aún más de las importantes transformaciones sucedidas en el siglo XIX y XX en el campo de la lógica formal, a lo largo de su actividad universitaria se mantuvo siempre abierto a los problemas que en ella estaban en pleno proceso de gestación polémica. Su disposición personal e intelectual frente a estas cuestiones le llevaron a ser uno de los principales impulsores de la creación de la Asociación Chilena de Lógica y Filosofía de las Ciencias, en agosto de 1956. F. Soler situó en el centro de su trabajo académico el intento por establecer un diálogo filosófico entre J. Ortega y Gasset y M. Heidegger, a través del

cual se pudieran delinear los contornos de lo que entendía como los problemas más originarios y el estilo de pensar más propio de la filosofía contemporánea; y asumía ese quehacer con la disposición de un compromiso personal que solía traducirse en nítidos estímulos intelectuales en sus oyentes.

Ya a partir de la década de los años 40 comenzaron a surgir figuras intelectuales nacionales que llegaron a adquirir una estatura filosófica singular. Las propias palabras de Jorge Millas acerca de lo que los filósofos se empeñan en ejercer, sirven para delimitar su trabajo personal en la filosofía como «la experiencia intelectual de pensar no “en” el límite, sino “hacia” el límite de sus posibilidades de fundamentación, de coherencia, de inteligibilidad, de universalidad».⁴ Y esa experiencia la hizo suya tanto a propósito de una reflexión sobre los problemas vigentes en su momento deparados por la existencia del individuo como los de la sociedad de masas, los de la filosofía del derecho y los de la universidad; y sobre esta última hizo una enérgica y tenaz defensa especialmente hacia fines de los años 70 y hasta 1982, año en que murió. Provisto de una alta sensibilidad para percibir las diversas formas creadoras de la cultura de su tiempo, con especial énfasis en Chile e Iberoamérica, Luis Oyarzún concentró su labor filosófica en torno a una reflexión acerca de la experiencia estética, principalmente en los campos de la poesía y las artes plásticas. A pesar de haber desarrollado Félix Schwartzmann su bien informada labor docente en el área de la Historia y Filosofía de las Ciencias, su pensar individual manifestado en sus libros se inclinó más bien hacia el afán por dilucidar las condiciones y el temple de la existencia del hombre en medio de las realidades de América y a elaborar las posibilidades de expresión de ella, sobre el fondo de un análisis de lo que la cultura occidental le ofrecía a este respecto. Haciendo uso de su interés y formación inicial en la lógica moderna, Juan Rivano pronto centró su actividad filosófica en una crítica creciente a lo que consideraba como formas academicistas de la práctica de la filosofía universitaria; con un estilo argumental —aplaudido por unos y muy

⁴ AFJS., pg. 27.

discutible para otros— que interpretaba y ponía en juego importantes temas de la historia de la disciplina, buscaba poner de manifiesto las contradicciones e inconsecuencias percibidas por él como existentes entre esa labor «academicista» y los conflictos presentes en la realidad social y política del país, pero también con los que muchos percibían ya en la estructura misma de funcionamiento de la Universidad; las fuertes polémicas suscitadas alrededor de sus intervenciones no dejaron de tener efectos sobre la labor filosófica en los años de la Reforma universitaria. Si bien Roberto Torretti logró su primer reconocimiento filosófico a través de su trabajo sobre Kant, su más prolongada preferencia teórica —desarrollada en gran parte fuera de Chile— se ha centrado alrededor de la filosofía de las matemáticas y de la física. Podría afirmarse que la diversidad de problemas abordados desde distintos ángulos por Humberto Giannini en su extensa obra filosófica, confluyen en una cuestión metafísica que tiene su procedencia en el enigma que significa para el hombre la experiencia de la palabra originaria creadora y la dimensión demoníaca del silencio y los extravíos a que éste puede conducir a la íntegra condición cotidiana y hospitalaria del alma humana. Más acá de su arraigado compromiso católico, Juan de Dios Vial L. expresa su necesidad de un pensar metafísico, siempre dentro de un marco académico, apoyándose en el análisis e interpretación de algunas de las más notorias figuras de la tradición filosófica occidental, sin marginar por ello el horizonte orientador de su compromiso personal.

No es casual que hayamos concentrado hasta ahora la presencia de la filosofía en el país con lo sucedido en la Universidad de Chile, a pesar de que ella estuvo presente en algunas de las décadas referidas también en otros ámbitos universitarios. Pero resulta indiscutible que muchos de los nombres ya señalados, junto a otros que allí se formaron, participaron en distintos momentos y por diversos períodos en diferentes actividades de ampliación de la actividad filosófica en otras universidades del país con prescindencia de la imposición externa a su trabajo de cualquier orientación teórica predeterminada, ya fuese como profesores regulares de ellas o promoviendo su inicio mediante su participación en ciclos de conferencias o cursos especia-

les. En particular lo hicieron en la Universidad de Concepción, en la Universidad Austral de Chile, en la Sede de Valparaíso de la propia Universidad de Chile en la que se constituyó formalmente el Departamento de Filosofía en 1962, así como también en la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la misma universidad en Santiago donde se creó el Centro de Estudios Humanísticos en 1963, que tuvo inicialmente a la filosofía como disciplina protagónica y a R. Torretti como su primer director. También algunos de los profesores señalados anteriormente lo fueron a la vez en la Universidad Católica de Valparaíso y en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Por lo menos hasta fines de la década del 60 el flujo entre estas universidades de los nombres indicados, y el de otros también importantes, fue algo relativamente corriente.

La P. Universidad Católica de Chile, en Santiago, ha sido otro centro de irradiación de la filosofía en el siglo XX, aun cuando desde un comienzo haya estado orientada por la opción doctrinario-religiosa indicada en su nombre. Si bien en 1922 se inauguró un Curso Especial de Filosofía con tres años de duración, en la irregular convocatoria lograda por él en los años siguientes estuvo nítidamente marcado por la doctrina filosófica del Doctor Angélico Santo Tomás, de la que se esperaba que «permitirá preservar y defender la fe, proteger la sociedad e impulsar las ciencias y las artes». ⁵ Esta orientación general ha perdurado en todas las décadas siguientes, incluso cuando a partir de 1950 se comienza a entregar de manera exclusiva el título profesional de Profesor de Filosofía, separándolo del resto de las especialidades y títulos que otorgaba la Escuela de Pedagogía, fundada en 1943, y que en 1947 intensifica la enseñanza de la filosofía escolástico-tomista, para entregar el título de Profesor de Filosofía y Religión a todos los graduados en las diversas especialidades allí impartidas. La filosofía también estuvo allí ligada estrechamente a la formación de profesores de enseñanza media, aunque en este caso, con el expreso interés por formar profesos-

⁵ Luis Celis M. (Coord.), *La presencia de la filosofía en la Universidad Católica (1888-1973)*. *Anales de la Escuela de Educación*, N° 5 Tercera Época, PUCCh, 1982, p. 81.

res católicos para ese efecto. Esta orientación doctrinaria del cultivo de la filosofía queda claramente expresada en el Artículo 9 del Reglamento del Departamento de Filosofía de esa universidad, publicado en 1953, en tanto se afirma que los estudios allí ofrecidos «se inspirarán en la doctrina de Santo Tomás, en conformidad con las Instrucciones Pontificias, tomando en cuenta a la filosofía moderna y contemporánea, pero sin dejar a un lado las orientaciones trazadas por el Doctor Angélico. Tanto los alumnos como los profesores tratarán de seguir una línea netamente tomista».⁶ Sin calificarla como una limitación, sí cabe considerarla como una opción teórico-doctrinaria que delimita el alcance y modalidad de existencia allí de la filosofía. Luego de separarse el Departamento de Filosofía de la Escuela de Educación en 1968, se crea el Instituto de Filosofía, a fines de 1970, que, sin desconocer su tradición, se propone ampliar sus posibilidades de reflexión filosófica autónoma.

De entre los filósofos activos en esta Universidad, junto al último señalado más arriba y graduado en ella, cabe destacar como nombres de referencia los de Clarence Finlayson (a quien en ese tiempo suele considerarse como al pensador católico de mayor profundidad metafísica), P. Agustín Martínez, P. Osvaldo Lira, P. Rafael Gandolfo, Armando Roa, Manuel Atria. Algunos de estos nombres se repiten en el Instituto de Filosofía de la Universidad Católica de Valparaíso, fundado en 1949, y a los que en sus primeros momentos es preciso agregar también como referencias significativas los de su primer director, Luis López, y los jesuitas Arturo Gaete, Raimundo Larraín y, más tarde, Jorge Eduardo Rivera.

298

Desde los años 40 a los 60 se constata en ambas universidades, de acuerdo a sus respectivas características particulares, un desarrollo creciente, profesionalización y consolidación de un conjunto homogéneo de académicos que investigan y debaten acerca de todas las cuestiones centrales del discurso filosófico transmitido a través de su historia y, muy particularmente, sobre los diversos desarrollos vigentes especialmente en Europa durante el siglo XX. La recepción de esas tendencias expresa-

⁶ *Ibid.*, p. 129.

das en nombres de filósofos que se reiteran en las latitudes del continente, concita adhesiones, polémicas y elaboraciones individuales de ellas, no exentas del afán por resituirlas sobre el trasfondo de diversas manifestaciones de lo que se entiende como algunos de los elementos más peculiares de la cultura nacional. Y puesto que la universidad, como institución en la que se elabora y expresa el progresivo decantamiento del pensar, las ciencias y las artes en el país, no puede ni pretende situarse al margen de las sollicitaciones que recibe de la sociedad en esos momentos de desarrollo suyo, paulatinamente se ve llevada o desde ella misma surgen voces que la conducen a tener que replantear sus propias condiciones de existencia académica. Y entre éstas también se hacen oír las voces de distintos filósofos.

De acuerdo a vías y modalidades distintas, en las dos principales universidades señaladas se detonó en 1967 un proceso de Reforma Universitaria, con diversos antecedentes previos en cada una de ellas, que puso en juego y en pugna a críticas e intereses tanto internos a la estructura académica y presupuestaria de la Universidad, como a sectores político partidarios del país, a sectores universitarios laicos y cristianos y a nuevos sectores políticos no partidarios. De diferentes maneras para todos ellos el trasfondo de las luchas por la Reforma apuntaba y se inscribía en un creciente proceso de cambios políticos en el país, que adquirió progresivamente mayor pugnacidad y polarización de posiciones. Circunscrito exclusivamente a la intervención de filósofos en este proceso, y en el marco de la Universidad de Chile —pues allí alcanzó sus grados de ebullición más duraderos y con mayores consecuencias—, las posiciones de algunos de ellos se expresaron en la Revista de Filosofía de 1969, en su N° 1, de entre los cuales Juan Rivano era la figura más notoria. Un hecho tal vez sintomático con respecto a la existencia de la filosofía por lo menos en la década siguiente, es que ella no volvió a publicarse hasta mayo del año 1977. Tanto el proceso de Reforma universitaria mismo como los cambios políticos sucedidos en el país en los primeros años de la década del 70 —con el ineludible entrelazamiento de ambos factores—, junto a la drástica interrupción del orden democrático sucedido en septiembre de 1973, tuvieron como efecto el hecho de que

quienes participaban más resueltamente en la actividad filosófica se vieran absorbidos por el tráfago de tales acontecimientos. La reflexión filosófica adquirió más bien fuertes rasgos de polémica a menudo irresolubles, las opciones políticas permearon el discurso y las elecciones teóricas, y las modalidades de abordar el ejercicio mismo del pensar filosófico quedaron entreveradas con descalificaciones mutuas entre quienes asumían diferentes prácticas de esa reflexión. Lo que solía considerarse como los perfiles propios de la filosofía y la política se tornaron difusos, se borraron o se entremezclaron argumentativamente, convirtiéndose en un asunto polémico el hecho mismo de que pudiera haber algo así como un «perfil propio» de una u otra, separables entre sí. Por irreconciliables que resultaran ser las posiciones que en cada caso se tomaban, un hecho, sin embargo, es irrefutable. Luego de septiembre de 1973, la aguda polémica teórica quedó silenciada por la ocupación militar de la Universidad —la que, por cierto, se extendió a la sociedad entera.

A partir de esa fecha de 1973, el Estado, copado en sus funciones gubernamentales por los designios y apremios militares del momento, purgó ideológicamente a la Universidad de todos quienes no compartían ni acataban la Declaración de Principios del Gobierno de Chile. Las expresiones del pensar fueron drásticamente desplazadas desde las tonalidades de voces libres a los imponderables artificios de la sobrevivencia, equilibrándose entre el silencio, el temor y la palabra precisa. Gran cantidad de académicos fueron exonerados, y en lo que respecta a quienes ejercían la filosofía en las diferentes sedes de la Universidad de Chile, la cifra alcanzó a alrededor de 40 profesores de diversas trayectorias académicas y en distintos años luego de esa fecha de ruptura de la democracia. Así, de los 20 profesores de filosofía que se trasladaron a su Sede Norte en 1972, cuando fue cerrada definitivamente en 1976, sólo 2 de ellos continuaron trabajando en esa Universidad. De entre todos los filósofos exonerados, algunos pocos lograron proseguir su trabajo filosófico fuera del país. También en la P. Universidad Católica fueron exonerados 7 de los 25 profesores de filosofía que allí trabajaban hasta 1973. Esa Declaración de Principios remitía a una muy particular interpretación política de elementos de la doctrina cristiana, cuya palabra se entendía como la que habría de salvar a Occidente de los males de toda ideología o teoría atea,

y en especial del marxismo, que pretendía subvertir lo que entonces se enfatizaba como el orden de la tradición sagrada de la Patria. La tajante restauración de ese orden mediante las espadas de la justicia y de la guerra, en donde la rescatada condición religioso-divina de la primera legitimaba las acciones de la segunda, tuvo entre algunos de los filósofos activos en ambas Universidades a aliados de palabra y obra.

Aliados de palabra que, a través de distintas vías y ocasiones enunciaron la suya públicamente, o en algunos casos tras las bambalinas del poder militar establecido, para darle una justificación teórica. Solían apoyarse en palabras de un filósofo, Santo Tomás de Aquino, o en quienes de entre aquella amplia tradición cristiana les parecía más pertinente. El nombre del P. Osvaldo Lira, filósofo de la P. Universidad Católica, fue tal vez el más notorio en esta coyuntura inicial, al plantear la necesaria distinción y conjunción de los postulados de soberanía política, soberanía social y subsidiariedad de la acción del Estado junto a la forma específica de su jerarquía política, apoyado en los valores de la tradición, «del sufragio de los siglos» y del corporativismo social.⁷ Y se hizo esto aunque no hubiera necesariamente el *Nihil Obstat* de las legítimas autoridades eclesiásticas. También éstas se vieron tensionadas por los conflictos políticos que trastornaron en ese entonces a la sociedad chilena.

Aliados de obra, que desde los nuevos cargos de poder universitario que entonces se llenaron no por vía de elección de los pares, sino por designación del que en la Universidad era radicalmente impar —el oficial militar designado como Rector a su vez por decreto de su superior jerárquico castrense, autoridad máxima del país—, fueron quienes asumieron la responsabilidad de implantar una pureza ideológica, reestructurar la Universidad y exonerar de ella a todos los académicos que, o bien eran calificados como responsables ideológicos o militantes o activistas de aquella doctrina política a la que se hacía responsable del descoyuntamiento de los saberes y las ciencias en la Universidad, y desde allí del travestismo o infección cancerosa de

⁷ Renato Cristi, Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile*, Editorial Universitaria, Santiago 1992, p. 105 ss. y 129 ss.

los sanos valores y tradiciones de la sociedad, de la Patria, como se prefería llamar a la Nación. Fue el momento de una maniquea división moral de los habitantes del país, en buenos y malos: quien no estaba a favor del régimen militar, estaba en contra de él. Y la universidad se hacía explícitamente eco de esa división.

Esta alianza de palabra y de obra de un segmento de filósofos —aunque entre esos aliados no hubiera sólo especialistas de este tipo— con el poder militar entronizado a través de ellos en la Universidad, puede efectivamente haber tenido distintos grados de complicidad, de eficiencia y de responsabilidad pública. Como la Universidad no es un nombre vacío, en aquellos momentos de particular silencio también resonaron algunos nombres de filósofos que se invistieron de autoridad y de responsabilidades: Osvaldo Lira, Juan de Dios Vial Larraín, Joaquín Barceló, Juan Antonio Widow, Bruno Rychlowsky. Las consecuencias para la práctica de la filosofía en esos momentos de la década del 70, pero también de buena parte de los años 80, con una Universidad silenciada, vigilada, fueron devastadoras en diversos grados para cada una de ellas. La Sociedad Chilena de Filosofía, con un directorio reconstituido acorde a los tiempos que se vivían, convocó a partir de 1976 a diversos Congresos Nacionales de Filosofía. Estos congregaron básicamente a quienes propiciaron, aceptaron o no pudieron evitar convivir bajo el nuevo régimen en el que el pensar y las opciones teóricas quedaban sometidas a preferencias y exclusiones, expresa o tácitamente, no discutibles. Pero la vida y la reflexión filosófica en su más amplio sentido de investigación, diálogo y debate en común y sin restricciones, estaban ya fracturadas.

302

Uno de los efectos de lo sucedido a partir de los inicios de la década del 70 y, en particular, desde el cierre teórico que se produjo al interior de las universidades con posterioridad a septiembre de 1973, fue que hacia fines de esa década y la de los 80 se hizo cada vez más patente y se comenzó a cuestionar de modo insistente, aunque en ocasiones de modo más bien soterrado, la figura que llegó a adquirir la «historia de la filosofía». ⁸ La situación dislocadora y anómala de esa coyuntura social e insti-

⁸ Ver sobre este tema: Patricio Marchant, *Sobre árboles y madres*, Ed. Gato Murr, Santiago 1984, en

tucional catapultó a lo que en condiciones distintas a esas no podía ser más que una de las vías corrientes de acceso a problemas y preguntas centrales y reiteradas de la filosofía, a convertirse en la instancia privilegiada de ejercicio del pensar filosófico, así como en el elemento decisorio de la estructura formal de los planes de estudio de la carrera en la especialidad, con expresas exclusiones de importantes pensadores de la filosofía contemporánea y privilegio también de otros, muy en particular de M. Heidegger. El trabajo sobre aquellos textos y temas considerados como señeros, predominantes en el espectro de la filosofía en su historia, y que no entraran en disonancia con las voces prevaletientes en la institución y en la sociedad en ese entonces regimentada, acabó convirtiéndose en una suerte de escudo o en un paraguas que permitía ignorar, guardar silencio, parapetarse o defenderse teóricamente frente a los hechos que convulsionaban políticamente a la sociedad, despojada de criterios públicos mínimamente compartidos de reflexión y convivencia democrática.

Lo desquiciador y desgastante de esa situación no fue obstáculo, sin embargo, para que entre los intelectuales que lograron sobrevivir profesionalmente en el país, cobijados muy parcial y ocasionalmente en algunas universidades, pero especialmente en instituciones u organizaciones no gubernamentales de investigación y trabajo intelectual a través de proyectos financiados por organismos internacionales, se inhibiese el estudio y reflexión sobre lo que se continuaba pensando en el mundo filosófico, más allá de lo que inercialmente continuaba sucediendo al interior de las universidades, con los sesgos teórico-ideológicos propios a cada una de ellas en ese período. Así fue como en diversos lugares y circunstancias comenzó a aflorar con energía la necesidad de reflexionar acerca de temas y problemas configuradores de la propia realidad nacional, presente y pasada, en sus vertientes políticas o en los distintos aspectos constitutivos de la propia cultura, así como la apertura hacia el intercambio de experiencias intelectuales entre las diferentes disciplinas o investigaciones particulares en los campos de las humanidades, las ciencias sociales, las artes y los emergentes

estudios de género. Sin embargo hubo momentos en que la existencia de la reflexión filosófica, tanto entre los especialistas ya formados así como entre muchos de los nuevos estudiantes, adquirió características cercanas o propias de la clandestinidad, aparte de aquellos que inevitablemente hubieron de adoptar otras formas de ejercicio profesional para continuar adelante. Especialmente hacia fines de los años 80, incluso se dieron y aprovecharon circunstancias para establecer contactos y realizar actividades de una reflexión en común con instancias internacionales de trabajo filosófico, particularmente con miembros del *Collège International de Philosophie*, de Francia, que con sus intervenciones teóricas y organizativas aportaron algún aire de aliento intelectual a quienes en el país no cejaron en el libre ejercicio de la tarea filosófica.

Con la recuperación formal de la democracia en el país en marzo de 1990, se inició en esa década final del siglo una laberíntica transición social y política, profusa en gestos de transformismos, perseverancias e incertidumbres de distintos tipos. La suerte de la filosofía en esa coyuntura no fue ajena, una vez más, al modo como se conjugó esa situación con distintas intensidades y urgencias, por lo pronto, en las dos principales universidades en que se había desarrollado tal saber. La reforma del sistema de educación superior de 1981 al afectar con mayor radicalidad a la Universidad de Chile, trajo consigo la creación de tres nuevos Departamentos de Filosofía en tres de las universidades públicas que se derivaron de ella, y que acuñaron perfiles teóricos disímiles según la magnitud del impacto recibido por la intervención ideológica desde el período anterior, que afectó igualmente a ese primer Departamento creado en 1935. En uno de ellos, en la U. de Valparaíso, se reabrió el año 90 la Licenciatura en Filosofía que había sido cerrada 9 años antes. Con una sola excepción, tres de esos Departamentos reincorporaron con distinta prontitud y efectividad a académicos previamente exonerados, aunque esa excepción, en la UMCE, y a partir de un decisivo movimiento de los estudiantes de filosofía, el año 2000 inició y logró un cambio cabal de su plantel académico, no deudor ya de esa intervención aludida. En el campo de las universidades privadas, mientras el Instituto de Filosofía de la PUCCh experimentó en esa década reordenamientos académicos internos,

también se afianzaron dos otros Departamentos de Filosofía con proyectos teóricos muy distintos en las universidades ARCIS y Los Andes. Paralelamente creció el requerimiento de una mayor enseñanza de la filosofía, según diversos intereses, en otras universidades particulares surgidas a partir de la Reforma de 1981, lo que contribuyó a diversificar los niveles de especialización de la presencia de la filosofía en el sistema universitario. Fue también un período en que con variadas dificultades se inició el despliegue de algunos programas de postgrado, que vinieron a satisfacer necesidades crecientes de mayor profesionalización en la especialidad.

Sobre un trasfondo de inestabilidades y búsquedas, insatisfacciones y afanes de recuperación y apertura, distintas generaciones de filósofos retomaron en la última década del siglo XX, una actividad pública más intensa en congresos, coloquios, seminarios, con diversos formatos y tipos de apoyos institucionales, no sólo universitarios. Sin embargo, la Sociedad Chilena de Filosofía no fue ya un actor relevante en este período, seguramente como resultado de las escisiones de diverso tipo producidas en el campo filosófico en las dos décadas anteriores. Al margen de ella, se generó un mayor debate multidisciplinario, en unos casos, o más circunscrito a cuestiones de la especialidad, a la obra de filósofos particulares, en otros; todos ellos referidos en diversos grados a convocatorias en torno a: modernidad y post-modernidad, utopía(s), postdictadura y transición democrática y filosofía, memoria y olvido, la universidad y los saberes y las artes, con una creciente participación en ellos de filósofos de Europa, de América del Sur y del Norte. Teniendo presente la aleatoria diversidad de experiencias institucionales e individuales sucedidas en el siglo XX en el ámbito de la reflexión y del discurso filosófico en el país, bien puede decirse y en más de un sentido, que fue un siglo *corto* de filosofía. Sin embargo, los caminos, desvíos y extravíos cartografiables de él, ciertamente han de operar como huellas, síntomas o incluso cicatrices ineludibles de detectar, analizar y sopesar desde esa insoslayable diferencia histórica que ayuda a perfilar con mayor nitidez cualquier presente en el que se quiera ejercitar un pensar filosófico crítico frente a sí mismo, y en este caso, para este otro siglo en que ya se está.